

SOBRE LA CORRESPONDENCIA CUERVO-MENÉNDEZ PIDAL

I. PRELIMINARES.

1.

a) En primer lugar, quiero dar las gracias al actual director del Instituto Caro y Cuervo, profesor Ignacio Chaves Cuevas, por invitarme a colaborar en el homenaje a don José Manuel Rivas Sacconi, ejemplo de tantas cosas buenas dentro de la cultura hispánica. Guardo de él un recuerdo lejano (de cuando cursé estudios en el Seminario Andrés Bello del mencionado instituto: entre 1962 y 1963), pero muy positivo: de persona responsable, siempre atenta a la buena marcha de los negocios culturales de la noble entidad que él presidía.

b) Quiero dejar también pública constancia de mi agradecimiento a Diego Catalán Menéndez-Pidal, de la Fundación Ramón Menéndez Pidal, y a Carmen Alvarado, bibliotecaria de dicho centro, por permitirme y facilitarme, respectivamente, la consulta del fondo epistolar relativo a los dos autores estudiados. Esto ha sido en noviembre de 1993 (el mismo mes en que redacto mi contribución al homenaje). Además, el doctor Catalán me ha resuelto un par de casos de grafía dudosa.

c) Finalmente, quisiera felicitar al Instituto Caro y Cuervo —y con ello a todas las personas que han hecho posible tal realidad— por el nunca suficientemente ponderado Archivo Epistolar Colombiano (volumen I, 1965; XXIII, 1992; y seguramente otros posteriores), serie de extraordinario valor humano y científico que trasciende, claro

está, el universo de Colombia y que nos instruye y deleita a estudiosos del lenguaje y, en general, a humanistas de dilatados espacios.

2.

a) En 1968 (*Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, vol. XXIII, núm. 3, págs. 417-479; tirada aparte, con índice general, 1969) publica Fernando Antonio Martínez, *Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo: Correspondencia epistolar*. Antecede a ese material la presentación que de él hace el mencionado investigador (págs. 5-14 en el opúsculo, que es la edición a la que siempre me referiré a lo largo de estas notas); luego, naturalmente, la suma de las cartas, veintiocho, cronológicamente ordenadas: la primera, de Cuervo (París, 16 de enero de 1897); la última, también de él y desde la misma ciudad (10 de enero de 1909). El esfuerzo del doctor Martínez como editor científico de esta correspondencia es perceptible: basta observar las muy oportunas notas, tras de las cuales hay, sin duda, muchas horas de difícil y ordenado trabajo.

b) Años más tarde (1989) aparece el volumen XX del Archivo Epistolar Colombiano, *Epistolario de Rufino José Cuervo con correspondencias españolas*, presentación y notas de Carlos E. Mesa, C. M. F. En dicha obra tropezamos felizmente con una sección, breve (entre las páginas 503 y 506; antes, portadilla con el título que luego se repite), *Dos cartas inéditas de Ramón Menéndez Pidal a Rufino José Cuervo*: una, con fecha de 16 de abril de 1898; la otra, del 19 de junio de 1901.

c) En su *Presentación* nos habla Fernando Antonio Martínez (págs. 7-10) de las cartas perdidas. Resume la situación (pág. 10):

En suma son, pues, nueve las cartas perdidas, seis de Cuervo y tres de Menéndez Pidal. Agréguese las dos tarjetas de éste y se tendrá un total de once piezas perdidas. Probablemente más; pues, por una parte, hay una laguna en el Archivo de Cuervo, en el cual no se conserva correspondencia recibida de 1909 en adelante; por

otra parte, es difícil creer que el sabio Maestro español, en dos años o más, no hubiera vuelto a escribir carta alguna a Cuervo. Todo ello es una verdadera lástima.

d) Ahora ya podemos decir que, en principio, no son once las unidades perdidas, sino dos menos, nueve (véase atrás *b*), aunque es muy importante la matización realizada por él: “Probablemente [se han perdido] más”. Esto es: deja abierta la puerta para indagaciones ulteriores, aquende y allende el océano, que puedan completar, si ello es posible —vale decir, si no han desaparecido materialmente—, este trascendente cauce epistolar.

e) Ahora bien: sin esperar a dicha situación ideal —la de recuperar absolutamente todas las cartas presumiblemente existentes—, ya contamos con suficientes hechos nuevos (véase también más adelante) como para que desde este preciso momento lance la idea de una nueva edición de tal correspondencia (preferiblemente en Bogotá, como es obvio), incorporando los dos nuevos textos publicados en 1989 (más alguno adicional que inmediatamente pudiera aparecer, sobre todo si indagamos al respecto tanto en Colombia como en España) y, además, introduciendo las correcciones y mejoras de las que algo diré más adelante (véanse 2, 3, *h/i* y 3, 3, *b*). De otro lado, convendrá tomar en consideración la atención crítica que la edición provisional de 1968/1969 pudiera haber despertado, además de recoger, en alguno de los espacios textuales del volumen propuesto, las referencias a Menéndez Pidal que en otros tomos de la serie epistolar del ICC aparezcan. En todo caso, si, por razones editoriales prácticas, no diese todo este material para un volumen normal de la colección en que se publicaría, cabe perfectamente insertarlo en una segunda edición del volumen XX, atrás mencionado (corresponsales españoles en conjunto), o bien, preferiblemente, se podría desgajar de este volumen a alguno o algunos de los autores asociables, con fundamento, al maestro Menéndez Pidal, y cabría formar entonces un tomo específico para esos dos, o poco más, autores españoles, creando de este modo dos volúmenes para la correspondencia de Cuervo con sus herma-

nos de allende el océano, tal como se ha hecho con los corresponsales hispanoamericanos (vols. XXII y XXIII). ¿No cabría unir, al menos, a “los dos Menéndez”, Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez Pidal? Creo que algo podría hacerse con tino en esta línea integradora y, con respecto al segundo de los autores nombrados, editorialmente renovadora.

2. ENTORNO DE LA EDICIÓN DE LA CORRESPONDENCIA.

0.

Voy a presentar, siguiendo un orden fundamentalmente cronológico, una serie de hechos que ayudan a entender parte, al menos, de la historia editorial de esta correspondencia. Junto a los datos más conocidos aportados por el doctor Martínez en 1968 aparecerán otros menos conocidos y quizá alguno completamente nuevo. Intentaré hacer dialogar a esos varios frentes con el fin de integrar informaciones e interpretaciones útiles a la hora de preparar una nueva edición de la correspondencia.

1.

a) En octubre-noviembre de 1944, número doble 70-71, *Homenaje a D. Rufino J. Cuervo*, tenemos a la *Revista de las Indias* (órgano del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Extensión Cultural), volumen muy importante que, o no llegó a ser conocido suficientemente, al menos fuera de Colombia, o pasó pronto más bien al olvido. En él colaboraron figuras destacadas, entre ellas José Manuel Rivas Sacconi (*Visión de Cuervo*).

b) Hay en tal homenaje, sin embargo, un trabajo que resulta especialmente útil para el propósito que ahora me anima. Se trata del de Manuela Manzanares, *Don Rufino J. Cuervo y sus amigos* (págs. 245-263). De él voy a extraer dos momentos decisivos. En la pág. 246 nos dice:

Don Tomás Rueda Vargas, antiguo director de la Biblioteca, ya fallecido, emprendió la publicación de esta rica correspondencia particular, donde se muestra la parte íntima y humana del gran lingüista y se completa el delineamiento espiritual del hombre.

Y en la 257 explana algo sobre la relación científica entre los dos grandes filólogos:

Don Ramón Menéndez Pidal tuvo una amistad de tipo un tanto diferente de las anteriores con don Rufino. Empezaba a abrirse camino en el mundo de las letras y sobre todo de la filología moderna, cuando don Rufino ya era maestro indiscutido e indiscutible. Por lo tanto, su relación fue principalmente de maestro a discípulo y está marcada en todo momento con el sello del respeto que a los principiantes infunde la autoridad en el ramo.

Por las cartas que conservamos se pueden seguir las vicisitudes de los libros más importantes que don Ramón Menéndez Pidal publicó antes de 1911, como *El Cid* e incluso los cimientos de otros que han sido publicados recientemente, como los *Romances de España y América*, para el que le dio datos y le facilitó abundantes notas don Rufino.

c) Fuera ya del trabajo al que acabo de referirme, pero, naturalmente en espacio, muy ligado a él, aparece en la mencionada revista, en la sección TEXTOS Y DOCUMENTOS, *Epistolario de Rufino J. Cuervo: Correspondencia inédita con Emiliano Teza y Ramón Menéndez Pidal* (págs. 265-280). La parte que afecta al segundo de los corresponsales de Cuervo se halla entre las páginas 273 y 280 y comprende seis cartas del filólogo español, a saber: del 27 de mayo de 1898, del 6 de diciembre del mismo año, del 6 de marzo de 1901, del 4 de noviembre del mismo año, del 5 de noviembre de 1905 y, finalmente, del 30 de marzo de 1907.

2.

a) Entre los materiales que he podido consultar en el Archivo Menéndez Pidal (del que es titular Diego Catalán), en la fundación mencionada en preliminares, 1, b) está una carta, dirigida a nuestro corresponsal español, de D. Bernardo J. Caycedo (lugar y fecha: Bogotá, 5 de enero de

1961), documento que aporta algunos datos de interés. Creo que vale la pena reproducir, de esa carta, lo que afecta a nuestro asunto:

Muy distinguido señor y respetado amigo:

En cierta ocasión, durante mi gratísima permanencia en esa capital, me expresó usted su deseo de saber si se habían publicado algunas piezas de su correspondencia con don Rufino José Cuervo, que usted había remitido hace años a uno de nuestros institutos académicos.

No olvidé su encargo de hacer alguna averiguación al respecto, aunque no con la prontitud que deseaba. Pero al fin, gracias a la bondadosa ayuda que me prestó don José Manuel Rivas Sacconi, pude conseguir lo que le envió por correo marítimo, como impreso recomendado, y que espero llegará a su poder dentro de algunas semanas.

En efecto, la remesa consiste en un ejemplar de los números 70-71 de la Revista de las Indias, correspondiente a octubre y noviembre de 1944. Edición agotada, se logró conseguir en un depósito de libros viejos, y su cubierta no está muy limpia que digamos. Tiene usted que perdonar. Allí, en páginas 272 a 280, se encuentran publicadas seis de las once cartas manuscritas por usted a don Rufino, cuyos originales se conservan en el archivo del Instituto Caro y Cuervo, y que también le remito en fotocopias.

Éstas eran las que existían en poder del señor Cuervo. Pero de las que él le dirigiese a usted no hay noticia ni se han publicado. Supongo que las que usted envió hace tiempo fuesen simples copias y no los originales de Cuervo, que ojalá usted se sirviese hacer copiar y remitir de nuevo, pues Rivas Sacconi me expresó el deseo de reproducirlas, sea en el *Boletín de la Academia*, sea en el *Thesaurus* del Instituto Caro y Cuervo, junto con la colección completa de las de usted.

b) De la carta recién transcrita se deducen, cuando menos, tres cosas: 1) el nombre de José Manuel Rivas Sacconi aparece ya como persona clave, interesada en la recuperación de esa importante correspondencia; 2) se menciona el hecho, atrás expuesto (1, c), de la publicación en 1944 de seis de las once cartas de Menéndez Pidal a Cuervo (y que luego, 1968, recogería, junto a las de Cuervo, del filólogo colombiano al español, Fernando Antonio Martínez); 3) queda claro que Menéndez Pidal había enviado a Bogotá

presumiblemente copia mecanográfica de las cartas de Cuervo a él, al parecer en los años cuarenta o, si tal copia se hubiese perdido, nuevo envío, probablemente en 1961, tras el ruego de don Bernardo J. Caycedo, dado el interés mostrado por el doctor Rivas Sacconi en la publicación de esos materiales epistolares. Con este contexto entramos, pues, en la fase más conocida del proceso editorial relativo a dichas cartas; las varias citas que voy a hacer de la *Presentación* de Fernando Antonio Martínez nos ayudarán, sin duda, a situar el conjunto de peripecias de estas epístolas.

3.

a) En §2, pág. 6, señala el doctor Martínez:

El origen de esta publicación remonta al año 1966 [,] cuando el Instituto, iniciada la serie del Archivo Epistolar Colombiano, pensó formar un tomo de correspondencia de Cuervo con sus amigos españoles. Fue así como el Director del Instituto Caro y Cuervo, doctor José Manuel Rivas Sacconi, se dirigió a don Ramón Menéndez Pidal el 10 de febrero de 1966 para solicitar de él copias, a ser posible en micropelícula, de las cartas que Cuervo le había dirigido. Don Ramón, en carta del 10 de junio de 1966, contestó que en su colección de cartas faltaban las de don Rufino José Cuervo y que, tras una búsqueda infructuosa, lamentaba comunicar que había perdido la esperanza de hallarlas. En esas circunstancias, el Director del Instituto escribió nuevamente a don Ramón para informarle sobre la existencia, en la Biblioteca Nacional de Bogotá, de una copia mecanográfica de las cartas de Cuervo a él [señal de que Menéndez Pidal la había enviado antes: véase atrás, 2, b], y expresarle el propósito de publicarlas junto con las dirigidas por él a don Rufino. Menéndez Pidal respondió el 24 de abril de 1968 manifestando su complacencia por “la agradable noticia de la existencia de una copia de las cartas de D. Rufino”, solicitando (sin darse cuenta de que él poseía los textos originales, olvidándose de tal realidad) una reproducción de ellas y expresando sus deseos por la edición que se proponía hacer el Instituto: “Espero —decía— esa publicación de que Ud. me habla, que ha de ser de verdadero interés para las letras hispanoamericanas”. En momentos en que el Instituto se ocupaba en realizar la anunciada publicación como homenaje al insigne Maestro en sus cien años, se tuvo conocimiento de su muerte.

b) En efecto: las dos cartas dirigidas a Menéndez Pidal por el Dr. Rivas Sacconi fueron las del 10 de febrero de 1966, como señala Fernando Antonio Martínez, y 15 de abril de 1968, misiva esta última por la que se ve que Menéndez Pidal había contestado a la primera carta cuatro meses más tarde, el 10 de junio de 1966, y no casi dos años más tarde, como podría entenderse, por falta de contexto (no se da la fecha de la segunda carta del doctor Rivas Sacconi y parece que está próxima a la primera, de febrero de 1966). En la aludida carta segunda, la del 15, IV, 1968, le dice explícitamente el humanista colombiano al filólogo español: “Buena nueva ésta para las letras hispanoamericanas, que me apresuro a comunicar a V. E., en la seguridad de que le será grato conocerla. Si V. E. lo desea, estoy listo a enviarle tales copias para reponer los originales perdidos”.

c) Bien: ya sabemos que si esos originales (los autógrafos de las cartas de Cuervo a Menéndez Pidal) estuvieron alguna vez perdidos, resucitaron sin duda, pues se hallan en Madrid (véase atrás preliminares, 1, b), donde yo he podido consultarlos. En segundo lugar: desconozco si el doctor Rivas Sacconi llegó a enviar a Menéndez Pidal fotocopia o microfilme de la copia mecanografiada que, sin duda, hacía años que el filólogo español había enviado a Bogotá (véase atrás, 2, 2, a) y de lo que, al parecer, no se acordaba. En todo caso, téngase en cuenta que 1968 es el año en que muere el maestro y que sus problemas de salud, etc., pudieran haber causado la falta de respuesta a la segunda carta del Dr. Rivas Sacconi (la del 15, IV, 1968), esto es, habrían dejado en el aire lo que Menéndez Pidal habría contestado; sin descartar, por supuesto, la posibilidad de que éste hubiese, mientras tanto, hallado las cartas originales de Cuervo (las que yo he manejado porque en algún momento habían aparecido) y contestase que ya no era necesario el envío de esa ‘copia de copia’.

d) Nos dice ahora (§3, pág. 7) Fernando Antonio Martínez:

Las cartas de Cuervo a Menéndez Pidal se basan en la aludida [véase atrás, 1, a] copia mecanográfica conservada en la Biblioteca

Nacional de Bogotá y obtenida por ésta en la época en que su Director, don Tomás Rueda Vargas, se empeñó en reunir las cartas del filólogo bogotano y las de sus corresponsales, con el fin de sacarlas a luz. Solamente se alcanzó a editar entonces parte de la correspondencia recibida por Cuervo, en la serie denominada *Cartas de su archivo*, que quedó inconclusa [omito la nota 1, en la que se da cuenta de los volúmenes aparecidos: cinco entre 1941 y 1947]. En esta colección no llegaron a incorporarse las cartas de Menéndez Pidal a Cuervo, ni, desde luego, las de éste a aquél, por la índole misma de la serie.

e) Por la cita anterior, se confirma, una vez más, la idea de que esas cartas mecanografiadas de Cuervo a Menéndez Pidal son la copia que este último había mandado hacer para su envío a Bogotá y que, en buena lógica, no debería haberse sorprendido el filólogo español del 'descubrimiento' epistolar comunicado por el doctor Rivas Sacconi, pues él mismo, Menéndez Pidal, las había remitido hacía tiempo, nos dice D. Bernardo J. Caycedo (véase atrás, 2, 2, a), "a uno de nuestros institutos académicos", esto es, probablemente para la serie, poco ha mencionada en el texto transcrito, de la Biblioteca Nacional colombiana. En consonancia con lo que ya sabemos, cuando, a través del doctor Rivas Sacconi, nos enteramos (carta del 15, IV, 1968) de que el filólogo español no encontraba las cartas de Cuervo solicitadas, por haber sido disgregadas de la colección a que pertenecían (véase atrás, 2, 3, a), debemos entender que esto ocurrió cuando Menéndez Pidal, u otra persona, por sugerencia suya, las extrajo del cauce donde se hallaban (para que se realizara la copia mecanográfica que envió a Bogotá presumiblemente a finales de los años treinta o principios de los cuarenta) y, al parecer, no fueron posteriormente reintegradas, razón por la cual, no acordándose de lo ocurrido, no le era posible dar cuenta de ellas y no pudo cumplir con lo solicitado por el doctor Rivas Sacconi en su primera carta (10, II, 1966), sencillamente porque los originales no habían sido colocados donde él, Menéndez Pidal, esperaba encontrarlos, aunque, sin que cayese en ello, el deseo del humanista colombiano había sido ya llevado a la práctica (sin que en ese momento él advirtiese tal realidad) con

el envío, muchos años antes, de la solicitada copia mecano-gráfica.

f) Pero hay otro hecho que llama la atención: Fernando Antonio Martínez no dice una sola palabra sobre el anticipo de seis cartas de Menéndez Pidal a Cuervo en el número ya mencionado de *Revista de las Indias* (véase atrás, 2, 1, a). Resulta muy difícil imaginar que desconociera tal número de homenaje al insigne Cuervo, con nombres de investigadores, por otra parte, cercanos a él mismo. Tampoco parece razonable pensar en lo difícil de la consecución de ese número doble (no obstante lo escrito por Bernardo J. Caycedo), pues habría podido, cuando menos, consultarlo y fotocopiar el texto de esas cartas en algún centro bibliotecario bogotano. No me atrevo, pues, a sugerir alguna otra explicación para este hecho, porque no se me ocurre; pero sí quiero señalar que su conocimiento habría resultado útil a la hora de adoptar soluciones textuales en la preparación del original para la imprenta, cosa que siempre se agradece por lo escurridizo de los menudos problemas que surgen al fijar un texto para un propósito dado.

g) Convendrá — ya para acercarnos al final de este epígrafe — decir algo sobre la 'situación textual' de las cartas en una y otra ruta (Cuervo/Menéndez Pidal y viceversa). Atrás, c), se ha hablado de si el doctor Rivas Sacconi llegó a enviarle a Menéndez Pidal copia fotográfica de las cartas que Cuervo había remitido al filólogo español; quedó en el aire la cuestión. Pero, además de la existencia de los autógrafos de Cuervo (véase atrás, 2, 3, c), puedo dar fe de un juego de microfines de las que el estudioso español había enviado al colombiano; se encuentra, como lo otro, en el Archivo Menéndez Pidal y cabe pensar que fuese enviado por el entonces director del ICC. Se trata de una copia, cual era de esperar, nítida, de modo que cabe perfectamente trabajar con ella a efectos de variación/no variación con respecto a lo publicado en 1968.

h) Escuchemos al doctor Martínez en todo esto (§4, pág. 11):

Su publicación, por lo que se refiere a las de Menéndez Pidal, no ofrecía dificultades, por haber dispuesto de los originales autógrafos que hemos transcrito fielmente. No así las de Cuervo que, como se ha dicho, se basan en una copia mecanográfica, por lo demás poco esmerada. Hemos puesto el mayor cuidado en enmendar las deficiencias de la copia, en salvar no pocos errores y dar, así, un texto seguro.

En algún caso, tales errores eran especialmente delicados: nos referimos a la carta C. 16 del 1º de junio de 1907, en la cual aparecen transcripciones de textos franceses antiguos. Por fortuna para nosotros, el doctor Rivas Sacconi solicitó del doctor Alberto Castaño examinar en la Biblioteca Nacional de París las fuentes allí utilizadas por Cuervo y verificar las numerosas citas que aparecen en la carta mencionada. A ambos damos aquí nuestro agradecimiento. Pudimos nosotros, por nuestra parte, localizar en la Biblioteca Nacional de Bogotá, Fondo Cuervo, la obra de Livet, también citada en dicha carta. La consulta de esta obra nos permitió obviar algunas dificultades.

i) Tiene mucha razón el doctor Martínez al quejarse de las no pocas dificultades textuales en la copia mecanográfica de los autógrafos de Cuervo. Se trata, según he podido comprobar, de un texto poco fidedigno, el que ha debido manejar nuestro investigador al preparar la edición de la correspondencia, de modo que, por mucho cuidado que él haya puesto en la correcta transcripción, con todas las precauciones en el aparato crítico, a pesar de ello, decía, lo publicado adolece de bastantes defectos: no podía ser de otra guisa operando con una copia tan abundante en entuertos de naturaleza varia. Se nota en el responsable de la edición un encomiable afán de fidelidad textual en la creación de imposibles notas, arrastradas por una mala transcripción mecanográfica del original manuscrito. ¿Qué pudo haber ocurrido? Lo más probable es que Menéndez Pidal ordenase fuesen transcritas esas cartas y tal labor la realizara, claro está, otra persona (hasta aquí, normal y no objetable); pero luego él no revisó, al parecer, ese texto mecanografiado. De otro modo: no se operó con esos materiales filológicamente, sino 'mecánicamente', quizá sin sospecharse de los riesgos que un texto de esa naturaleza no revisado podía provocar... Pero esto me obliga a decir algo más sobre la situación creada.

κ) En efecto: el mundo intelectual de Menéndez Pidal se hallaba más volcado hacia los trabajos de lengua que de historia de la lingüística: las cartas, una vez utilizadas en pasajes determinados de interés científico para sus investigaciones en marcha, pasarían a 'mera correspondencia', esto es, poco más que 'familiar' desde un punto de vista de ordenación técnica. Personas conocedoras directas de los hábitos laborales del maestro español podrían apuntalar o rechazar la línea de interpretación acabada de sugerir, que ahora reformulo simplemente como pregunta: ¿era Menéndez Pidal muy cuidadoso en la conservación de (toda) la correspondencia científica, o se encontraba ya, desde antiguo, desbordado por los muchos 'papeles científicos' y escapaba de su dominio una atención cercana a esta clase de materiales? Materiales que, hoy sí, son de una importancia incalculable para la intrahistoria de la ciencia del lenguaje, pero que en la época en que 'los vivió' Menéndez Pidal no representaban el mismo valor: estaban las mentes demasiado ocupadas en resolver implacables problemas 'de lengua' como para 'operar metalingüísticamente' además con potenciales hechos de interés para la historia de la lingüística. No se olvide, insisto, que Menéndez Pidal era un investigador mucho más volcado en la historia de la lengua que en la historia de las ideas lingüísticas (absorbida 'naturalmente' por la primera) y que él se servía de la correspondencia como instrumento para su austero trabajo y no como fuente virtualmente transcendente en el marco del desarrollo de las ideas visto como tal. De otro modo: él no trabajaba para la galería y probablemente no sospechaba de la importancia futura de ese material epistolar. Andaba siempre preocupado por dar cima a proyectos para él muy importantes, vitales, y esto de la correspondencia estaría presente en su cabeza como algo científicamente relevante en la medida en que se relacionase con cuestiones objeto de su estudio y, si no, pasarían a un segundo plano, con la consecuencia normal de que el destino material de esos textos epistolares no quedase fijado en la memoria de manera sólida, como sí quedaban los asuntos que científicamente

le preocupaban un día tras otro. Entiéndase — ya acabo — que no hago otra cosa que proponer una hipótesis, pues no cuento con suficientes elementos de juicio como para aseverar algo al respecto.

3. IMPORTANCIA DE ESOS TEXTOS.

0.

a) No voy a citar, ahora mismo, fragmento alguno de la presentación de Fernando Antonio Martínez. Parte de ella está dedicada a informarnos de los vaivenes editoriales y textuales de la correspondencia, pero en §1, págs. 5-6, y §5, págs. 12-14, se hallan algunas ideas muy oportunas para el retrato científico, y humano en general, de nuestros dos grandes humanistas. Remito, pues, al lector a los mencionados párrafos.

b) Tampoco voy a presentar aquí, pensando en la indispensable nueva edición de esas cartas, un inventario de reseñas o similares, habidas a raíz de la edición de 1968/1969. Convendría consultar la *Bibliographie Linguistique*, así como la *Romanische Bibliographie*, entre otras posibilidades, para ver si la tirada aparte, 1969, atrajo algún tipo de comentario, por breve que fuese. Más probable, sin embargo, resultará encontrar esta clase de referencias, si nos atenemos a la aparición del texto en 1968 como trabajo de revista: síganse, pues, con atención secciones como *Análisis de revistas* para intentar recoger los frutos posibles en torno al trabajo que nos ocupa (teniendo siempre en cuenta su aprovechamiento en la propuesta nueva edición).

1.

a) Quiero llamar la atención ahora sobre la nota de Carlos Patiño Rosselli *Sobre gigantes* (en *Comunicación: Boletín del Departamento de Filología e Idiomas*, Universidad Nacional de Colombia, III-6, 1969, págs. 1-2; reproducido en *Noticias Culturales*, núm. 104, 1969, págs. 1-2).

Al menos en la segunda salida de esta especie de reseña a la edición de Fernando Antonio Martínez (reimpresión que es la fuente en que me baso) aparece, debajo del título y extraída del texto del doctor Patiño, esta expresiva frase: “El filólogo colombiano se da cuenta de que Menéndez Pidal es la persona que va a continuar su propio y colosal trabajo y esfuerzo”, palabras que, en cierto modo, parafrasean lo nuclear de éstas del doctor Martínez en su presentación de los textos epistolares (§1, pág. 5):

Pero el sentido del homenaje sigue vivo. Ese sentido es uno: los dos filólogos representan también dos siglos de filología hispánica, dos siglos que en ellos se unen y que prolongan, al través de ellos, su duradera y positiva fecundidad, que consolida la tradición española en el campo de los estudios del lenguaje. Cuervo, heredero de Bello, por tantos títulos verdadero patriarca del saber humanístico, parece dejar en manos de Menéndez Pidal, heredero del inmenso saber de Menéndez Pelayo, el tesoro de ciencia trabajosamente acumulado por unos pocos en la América española; y Menéndez Pidal lo devuelve acrecentado, purificado y universalizado, a todos los países del orbe. Es un momento estelar en la vida de la raza que, de este modo, toma cada vez más conciencia de sí y del destino que le cabe en la historia de la cultura de los pueblos.

b) Pero el breve texto del doctor Patiño es enjundioso y certero en sus apreciaciones y debiera reproducirse íntegro en algún lugar de la nueva edición de esta correspondencia que he sugerido. Léanse como muestra de lo que digo estos dos párrafos sucesivos (pág. 2):

A medida que avanza la correspondencia vemos cómo la gran promesa que representó en un comienzo Menéndez Pidal para Cuervo se va confirmando y realizando en una serie de obras magistrales. Asistimos así al limpio alborozo de este último al saludar la aparición de la *Crónica general*, del *Manual de gramática histórica*, del *Dialecto leonés*, del *Cantar de Mio Cid*, etc. Si don Ramón aparece en el epistolario en fulgurante ascenso científico, Cuervo en cambio se encontraba ya en el dorado declive de su vida y su productividad, y casi ningún fruto nuevo se desprendió de su genio en esos años. Respondía, eso sí, con la mayor solicitud, a las consultas de su corresponsal, fueran ellas sobre el romancero americano o sobre grafías medievales.

Frente a esta discrepancia de ritmo que se refleja en la correspondencia, las cartas revelan, por otra parte, una notable afinidad espiritual entre los dos filólogos: en ambos el mismo amor a la ciencia, la misma altura de tono, la misma cortesía, la misma discreción.

2.

a) Voy a presentar ahora, completando las referencias al trabajo de Fernando Antonio Martínez con la correspondencia de Cuervo y Menéndez Pidal, las muestras traídas a colación en la división inmediatamente anterior, 1., aportando en ésta un dato de interés como señal de la utilidad del mencionado trabajo, de los buenos servicios que ha prestado y que prestará a partir de la presente llamada de atención sobre su importancia y, sobre todo, una vez se lleve a cabo la 2ª edición.

b) Joaquín Pérez Villanueva ha publicado recientemente una incitante obra titulada *Ramón Menéndez Pidal: su vida y su tiempo* (Madrid, Espasa-Calpe, 1991; prólogo de Rafael Lapesa). Mencionaré las páginas en las que se nombra a Rufino José Cuervo, referencias que en su inmensa mayoría (todas menos las dos últimas) tienen que ver directamente con la correspondencia entre esos dos grandes filólogos, utilizada a través de la edición del Instituto Caro y Cuervo (específicamente, de la tirada aparte de 1969). Son éstas las aludidas páginas atinentes a Cuervo: 119, 120, 123, 127, 128, 173, 175, 177, 204, 223, 353 y 396.

3.

a) Amplió la aplicación de la idea implícita en 2. mostrando ahora, a manera de especímenes, algunos de los temas entre los muchos presentes en esa importante correspondencia. De otro modo: cuando se haga una edición 'estable' de estos materiales epistolares, será imprescindible que aparezcan con muy completos índices auxiliares: se verá entonces la enorme riqueza de ideas y de proyectos científicos contenida en esa histórica correspondencia. Entro ya a presentar los ejemplos anunciados.

b) Referencias sobre el proceso de elaboración, etc., de su magna obra *Cantar de Mio Cid: texto, gramática y vocabulario* (I-III, 1908-1911): [pág.] 18/MP/27-V-1898, 20/C/30-V-1898, 22/MP/16-X-1898, 32/MP/1-XI-1901, 36/MP/6-III-1901, 43/MP/4-XI-1901, 46/C/24-XII-1904, 55/MP/30-III-1907, 57/C/12-IV-1907, 65/C/10-I-1909. Diversas cuestiones relacionadas con esa obra: 36/MP/6-III-1901, 38-39/C/9-V-1901, 65-67/C/10-I-1909. Las sibilantes: 27/C/19-XII-1898, 31-32/MP/25-XII-1899, 36-37/MP/6-III-1901, 39-40/C/9-V-1901, 42/C/22-X-1901, 45/C/15-I-1903, 57-58/C/12-IV-1907, 59-64/C/1-VI-1907, 65/C/10-I-1909 (ya desde aquí mismo puede observarse quién lleva la voz cantante en el enmarañado mundo de esos sonidos). Sobre *Apuntaciones* (1867-1872, 1907)⁶ y *Castellano popular y castellano literario* (redactado a finales del s. XIX y publicado en 1944): 48-49/C/14-X-1905, 49/MP/5-XI-1905, 52/C/4-VI-1906, 53/C/27-XII-1906, 54-56/MP/30-III-1907. Sobre el *Manual* (1904, 1905²): 46/C/24-XII-1904, 47-48/C/14-X-1905, 49/MP/5-XI-1905. Cabría aportar muchos otros datos sobre parcelas distintas de las anteriores (los hay abundantes en torno a la zona de las crónicas: *Primera crónica general* [...], etc.), pero creo que lo anterior es más que suficiente como muestra de la riqueza conceptual explícita en la correspondencia Cuervo-Menéndez Pidal. En un trabajo futuro me ocuparé de los aspectos textuales de esos materiales.

JOSÉ POLO.

Universidad Autónoma de Madrid.